

REVITALIZACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA A LA LUZ DE LAS *CONFESIONES* DE SAN AGUSTÍN

RAFAEL JESÚS MORALES ARCO, OAR

Introducción

Al comenzar esta reflexión, *quiero partir de las siguientes preguntas*: ¿Nos ayuda a vivir en proceso de maduración, de revitalización, la clave agustiniana de la inquietud del corazón? ¿Qué plus nos aporta la vuelta a las fuentes agustinianas en el camino de la plenitud de vida?

En el planteamiento del proceso de revitalización personal y comunitaria, *no parto de otra óptica que no sea la de la realidad de la fe, una fe pensada y, añadiríamos, encarnada*, que ilumina todas las dimensiones de la existencia humana y todo nuestro camino hacia el cielo. Porque la cuestión principal desde la óptica agustiniana no sería preguntarnos tanto «cómo vivimos» sino «qué creemos». No venimos a la vida religiosa para vivir mejor, sino de otra manera; entonces sí, esta vida será la mejor.

Esta es la fe que, nutrida a la luz de la Palabra de Dios, transforma nuestro corazón. La Palabra de Dios sacia toda hambre y toda sed, y de ella bebe continuamente san Agustín, como manantial de vida sana y renovada. Así lo entendió él. El «creer para entender» del profeta lo tiene bien interiorizado nuestro padre: «Cree para entender y entiende para creer». La fe es fuente de conocimiento, camino de «tolerancia, equilibrio y sinceridad», fuente de salud para el que cree. La Palabra de Dios es el camino cierto para creer y buscar a Dios. Así lo afirma en sus *Confesiones*:

Comenzaba a irrumpir en mí la convicción de que tú no le habrías conferido a aquellas Escrituras, a lo largo y a lo ancho del mundo, tal prestigio y competencia si no hubieras querido que te creyéramos y te buscáramos por conducto de ellas (*conf.* 6,5,7).

San Agustín anima a caminar en esta dirección, dejándonos iluminar la mente y corazón por Dios, que es luz providente. Él puede sacarnos de los errores de nuestros caminos y darnos la Vida verdadera y «la sabiduría que nunca se contenta con lo insuficiente»:

Porque tú, y solamente tú. Porque ¿quién otro hay que nos aparte de la muerte del error, sino la Vida que no muere y la Sabiduría que ilumina las pobres inteligencias sin necesidad de otra luz y gobierna el mundo hasta en las volanderas hojas de los árboles? (*conf.* 7,6,8).

Nuestra vida es un camino por recorrer en proceso y en comunidad. Solo cuando creemos, avanzamos. Somos peregrinos, estamos llamados a recorrer el camino fielmente, con la esperanza puesta siempre en los bienes imperecederos del cielo. De esta manera no nos cansaremos de caminar. Así podremos llegar a la meta: «Mientras nos hallamos en este mundo, no nos perjudicará el caminar aquí abajo, siempre que procuremos tener el corazón en lo alto» (*s.* 359 A, 1-4).

«El Sol que nace de lo alto» todo lo ilumina. El hombre ansía esta luz para no caminar en tinieblas, para poder ver. En este encuentro (encarnación-redención-liberación-salvación) se forja el hombre nuevo. Injertados por el Bautismo en este dinamismo renovador, el hombre aspira a los bienes imperecederos, a la revitalización permanente, y a la plenificación de la vida con la gracia de Dios y por la «inquietud» incesante: «Conózcate a ti, Conocedor mío, conózcate como soy conocido. Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga» (*conf.* 10,1,1). Todo es don de Dios: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1Cor 4,7), dirá el Apóstol. Así vive san Agustín plenamente esta realidad:

Gracias, dulzura mía, honor mío, confianza mía, Dios mío; gracias por tus dones. Sigue conservándomelos. De este modo me guardarás a mí, y los dones que me hiciste se verán incrementados y perfeccionados. Y yo estaré contigo, porque mi misma existencia es un don tuyo (*conf.* 1,20,31).

Para todos solo hay una vida que merece la pena vivir. La realidad de la vida siempre está unida a la realidad de la fe y viceversa. No hay para san Agustín una verdad religiosa y otra científica. La inteligencia de la fe, ha de ser inteligencia de la realidad. El papa Francisco nos aclara bien esta perspectiva en la encíclica *Lumen Fidei*: la fe puede iluminar «todo el trayecto del camino» (n. 1), «toda la existencia del hombre» (n. 4). Ella «no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacia sí» (n. 18).

Puestas las cosas así, evitaremos movernos en el dualismo sangrante que es causa de veleidades y de esfuerzos renovadores frustrantes. No podemos dejar de mirar la realidad de nuestra vida con los ojos de Dios, con los ojos de la fe. Si profundizamos en lo que somos y tenemos, descubriremos la presencia viva de Dios que siempre nos acompaña. La vida de Dios se ha hecho vida del hombre para que también la vivamos nosotros. Cada uno en nuestro proceso, pero todos en el mismo camino.

En la clarificación de este proceso de inquietud permanente del corazón, necesitamos una pedagogía que nos ayude a vivir el Misterio encarnado. Una pedagogía de «arriba para abajo» (claridad de la meta hacia la que tengo que caminar, impregnación de la realidad salvífica y misericordiosa de Dios en mi ser cristiano y consagrado, contemplación de la Verdad con su sacramento) y de «abajo para arriba» (actitudes que me ayuden a apropiarme de los valores evangélicos y carismáticos de mi ser agustino recoleto).

La Verdad que nos tiene, de la que participamos, que buscamos incansablemente; la inquietud, como «fuerza dinamizadora» de nuestra vida, siempre que esté bien encauzada; la interioridad, que nos hace resituarnos nuestra vida, sin vivir en la dispersión y sí en la unificación; el amor, como elevación y contemplación activa de Dios que nos «amó hasta el extremo» (Jn 13,1); el descanso, como meta y aspiración de nuestro peregrinar por esta vida...

San Agustín, como buen pedagogo, nos instruye en el camino de la búsqueda de la Verdad, y nos invita a hacerlo sin desaliento alguno. Peregrinamos en la búsqueda del Dios perfecto, nosotros que todavía no vivimos en la plenitud. Tengamos presente en el camino estas tres cosas: por quién somos guiados, de qué Verdad bebemos y por qué vínculos nos unimos al sumo Modo:

Él es Dios perfecto sin mengua ni degeneración en su ser. Todo es íntegro y perfecto en aquel omnipotentísimo Dios. Con todo, mientras vamos en su busca y nos abrevamos en la plenitud de su fuente, no presumamos de haber llegado aún a nuestra Medida; y aunque no nos falta la divina ayuda, todavía no somos ni sabios ni felices. Luego la completa saciedad de las almas, la vida dichosa, consiste en conocer piadosa y perfectamente por quién eres guiado a la Verdad, de qué Verdad disfrutas y por qué vínculo te unes al sumo Modo. Por estas tres cosas se va a la inteligencia de un solo Dios y una sola sustancia, excluyendo toda supersticiosa vanidad (*beata u. 4,35*).

Nos *atrevernos a aventurar* en esta reflexión que vivir en clave de revitalización personal y comunitaria, es decir, de «inquietud del corazón», nos hará descubrir que nuestra vida vocacional está injertada y eternizada en el dinamismo Redentor de Cristo que actúa, libera y plenifica nuestra existencia en cada edad en la que vivimos. Nuestra realidad vital es más sustanciosa y feliz cuando le dejamos a Dios actuar, cuando Dios está más presente en nosotros.

Por esto *afirmamos con convicción* que las edades del hombre, las etapas de nuestra vida espiritual, son inclusivas y totalizantes. Cada una nos debe llevar a vivir con intensidad la otra, sabiendo que en cada edad vivimos la realidad última de lo que somos: hijos de Dios y también hombres en proceso de crecimiento y maduración. Cada edad debe estar atravesada por esta apertura de corazón, por esa «inquietud» interior que nos posibilite estar aprendiendo siempre y de todo el mundo. Es dejarnos conducir por Dios, Maestro interior, que comenzó su obra en nosotros y quiere llevarla a final feliz.

Por eso anhelamos el encuentro transformante con la gracia de Dios. El plan de Dios se nos regala, la actuación de Jesús nos renueva y orienta con la fuerza del Espíritu Santo hacia la unificación y plenificación de la obra comenzada en nosotros. La experiencia de Agustín nos confirma que todo lo que Dios toca, lo transforma. Por eso, nuestras aspiraciones, deseos, inquietudes, experiencias... son, en el fondo, respuesta visible en nuestra vida al anhelo invisible de Dios en el corazón. Como dice algún autor comentando el famoso aforismo de *conf.* 1,1,1:

Agustín aspiraba únicamente a conocer a Dios y a su propia alma, y a nada más. Pero, finalmente, la totalidad del conocimiento forma parte de esas aspiraciones, porque todos nuestros conocimientos y todos nuestros amores, desde los más bajos hasta los más altos, son aspectos de la única tendencia del inquieto corazón, que solo puede descansar en el conocimiento amante de Dios.

I. Dios misericordioso y miseria humana

La realidad salvífica y liberadora de Dios, mostrada por su misericordia, le hace descubrir a Agustín una vida nueva, revitalizada y sanada. La misericordia de Dios es la interlocutora en ese diálogo de alabanza y confesión. Acoger la misericordia de Dios hoy en nuestras vidas supone vivir en esta pedagogía de «arriba hacia abajo», en la que todo es gratuidad y don recibido de Dios. Pero, siendo así, contemplar y agradecer la misericordia de Dios, nos alumbrará un nuevo camino con el que volver a la casa del Padre, donde está nuestro centro vital y renovador: «Porque si no permanezco en él, no podré permanecer en mí. Y él, permaneciendo en sí mismo, renueva todas las cosas (Sab 7,27)» (*conf.* 7,11,17).

Necesitamos descubrir este «lugar» interior donde Dios renueva todas las cosas, donde el temor se convierte en amor, donde la exigencia se convierte en gesto agradecido, donde la esclavitud se transforma en experiencia de liberación, donde lo pequeño se hace camino de fidelidad (el reto de descubrir la ‘riqueza’ de lo oculto en lo ordinario), donde se reconoce el pecado, porque la Misericordia lo ha vencido. En palabras de Henri Nouwen, el reto de la vida espiritual (y de nuestra vida revitalizada, añadido yo), es hacer nuestra morada donde Dios ha puesto la suya. ¿Y dónde está ese lugar? Seguro que san Agustín nos puede ayudar a localizarlo. Releamos de manera resumida sus *Confesiones* en clave de misericordia.

1. De la misericordia de Dios ha obtenido consuelo y confianza. En ella ha puesto siempre él su esperanza: «Me horroricé de temor y a la vez me enardecí de esperanza y gozo en tu misericordia, ¡oh Padre!» (*conf.* 9,4,9).
2. A pesar de las infidelidades e iniquidades del hombre, la misericordia de

Dios siempre se muestra cercana y fiel. No es proporcionable el pecado a la misericordia de Dios; esta sobreabunda con mayor grandiosidad y maestría: «Entre tanto, tu misericordia fiel circunvolaba sobre mí a lo lejos» (*conf.* 3,3,5).

3. La misericordia ha actuado en Agustín antes de confesar a Dios, ha intervenido desde el momento de la concepción. Ella le ha sacado de sus malos caminos. Una vez experimentada, no se puede dejar de confesar, proclamar y alabar: «... ni me canse en confesar tus misericordias, con las cuales me sacaste de mis pésimos caminos...» (*conf.* 1,15,24).
4. La misericordia de Dios se ha mostrado como camino de humildad en la encarnación del Verbo. La actitud adecuada para pedir la misericordia es la humildad. Cuando uno se sabe pecador, pide la compasión de Dios según la medida de «su gran misericordia». Ha de querer ser sanado, debe pedirla para no pecar más y para que la obra de Dios comenzada en nosotros, él mismo la lleve a buen término. Citando el Salmo 40, dirá: «Ten misericordia de mí y sana mi alma, porque he pecado contra ti» (*conf.* 4,3,4).
5. Mónica espera que la misericordia de Dios transforme el corazón de Patricio. En la muerte de Mónica, la primera reacción de Evodio fue tomar el salterio y cantar el salmo 100: «Misericordia y justicia te cantaré, Señor» (*conf.* 9,12,31). Por tres veces llama Agustín a Dios «Dios-fuente de las misericordias» (*conf.* 4,4,7; 6,1,1; 6,16,26).
6. Dios es misericordia, que proporciona el alimento cristiano para la infancia así como para las demás edades, reestructura interiormente el desorden del amor y guía con mano providente en la adolescencia.
7. Reconocer su miseria le lleva a Agustín a experimentar más cercana la misericordia de Dios. Esta le hace descubrir la huella de Dios impresa en su memoria y hace de guía y maestra para encontrar en el Señor el «goce sin pesadumbre» (*conf.* 2,2,4).
8. La misericordia de Dios perdona y deshace los pecados de la vida pasada y evita cometer otros. Con ella nos vienen muchos dones y evita fiarnos solo de nuestras fuerzas. Provoca respuesta necesariamente («Dios se hace deudor») en aquel que la acoge.
9. La misericordia de Dios se traduce en «vida que no muere» y en «sabiduría que ilumina» (*conf.* 7,6,8). Dios es «Padre de huérfanos» y «protector de viudas» (Sal 68,5-7), y a su misericordia se confiesa cuanto el corazón siente y padece:

Puestas, pues, a salvo estas verdades y fortificadas de modo inconcuso en mi alma, buscaba lleno de ardor de dónde venía el mal. Y ¡qué tormentos de parto eran aque-

llos de mi corazón!, ¡qué gemidos, Dios mío! Allí estaban tus oídos y yo no lo sabía. Y como en silencio te buscara yo fuertemente, grandes eran las voces que elevaban hacia tu misericordia las tácitas contriciones de mi alma (*conf.* 7,7,11).

10. El poder de la misericordia de Dios es suficiente para vivir la nueva vida en él. Pero es necesaria pedirla para poder responder con garantías a la misión que Dios nos encomienda según el criterio de su voluntad: «Señor, toda mi esperanza está en tu gran misericordia, dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras» (*conf.* 10,29,40).

Observamos en este recorrido por las *Confesiones* que la distancia entre Dios y el hombre es grande: «Dios Omnipotente, el hombre pequeña migaja de la creación» (*conf.* 1,1,1), «Dios es Santo, el hombre pecador», «Dios es perfecto, el hombre imperfecto», «Dios es misericordia, el hombre miseria». Sin embargo, Dios es cercano al hombre, porque siempre lo busca. El Dios de las *Confesiones* es el *Deus quaerens* (Dios que busca): «Siempre buscando (quaerens) y nunca falto de nada» (*conf.* 1,4,4). Dios se ha encarnado en nuestra naturaleza humana para hacernos a nosotros divinos (cf. s. 192,1). No es menor la meta a la que Dios nos quiere llevar.

La misericordia de Dios es ofrecida a la miseria del hombre. Solo en ella encuentra el hombre la liberación, la vida. La gracia de Dios por medio de Jesucristo sana, purifica y llama al hombre. Cuando Jesús está en el centro de nuestra vida, siempre la pregunta se da la vuelta para ser nosotros interpelados y convocados en libertad. Él siempre toma la iniciativa. Es lo que les pasó a los discípulos de Juan el Bautista (cf. Jn 1,35-42):

«¿*Qué buscáis?*»... Pasan de ser interrogantes a ser preguntados, de ser «buscadores» a ser «encontrados». Ellos preguntan a Jesús con ánimo de seguir creciendo, *Maestro, ¿dónde vives? Venid y veréis*. El camino de la fe pasa por este itinerario: «fueron» (no hay capacidad de renovación si no hay salida), «vieron dónde vivía» (mirar más allá de nuestra realidad, donde está la realidad del Otro, es descubrirnos mirados...) y se «quedaron» (este es el lugar donde Dios nos espera, donde somos recompensados, donde somos atrapados por dentro, donde nuestra vida es plena...). El encuentro fundante con Jesús, nunca se olvida: «*Eran las cuatro de la tarde*».

Si antes hablábamos del «lugar» donde hemos de llegar para ser renovados y revitalizados, ahora, de la mano de Agustín, podemos decir que ese lugar es lo más secreto de tu corazón, allí donde está el Maestro interior: «Si, pues, la mayor parte de los hombres son como son sus amores, de ninguna otra cosa debe preocuparse en la vida sino de elegir lo que ha de amar» (s. 96,1). Allí se vive de interioridad «en referencia a» Otro y otros; se es lo que se es ante Dios y los demás (la verdad de cada uno); donde la inquietud es fuerza dinamizadora; donde el deseo se convierte en bien imperecedero; donde el descanso es signo de paz duradera porque la alabanza a Dios es continua.

Jesús nos lo decía así: «Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,1-6.16-18). Esta recompensa es: la experiencia de ser atraídos, la oportunidad de un comienzo absoluto, el descanso de ser nosotros mismos, la experiencia del desbordamiento, la llegada al lugar prometido. Dando un paso más hacia arriba, la oración nos hará descubrir el ‘lugar’ del Hijo que vive vuelto al Padre a la espera del envío del Espíritu.

Estamos en el año de la misericordia y he querido releer las *Confesiones* en esta clave de Dios misericordioso como fuente de esperanza. Solo desde esta esperanza podemos también releer nuestro pasado con los ojos misericordiosos de Dios para sanar nuestras heridas, dejar que Dios revitalice nuestra vida y la haga nueva diciendo con el salmista en todos los acontecimientos y experiencias vividas: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Sal 117,1). Este camino nos hará descubrir la llamada urgente de Dios a ser, hoy y siempre, administradores de misericordia.

La misericordia de Dios se derrama como rocío mañanero por todas las acciones y palabras de Jesús. Solamente se da lo que se tiene. Será este un buen momento para releer y contemplar la misericordia de Dios para conmigo en estos u otros pasajes bíblicos. Especialmente en las tres parábolas de la misericordia del evangelista Lucas:

1. La oveja perdida (cf. Lc 15,1-7): el verdadero pastor siente mayor aprecio por la oveja perdida.
2. La dracma perdida (cf. Lc 15,8-10): para Dios, el drama es el extravío de un pecador. Hay mucha alegría por un solo pecador que se convierta.
3. El hijo pródigo o Padre misericordioso (cf. Lc 15, 11-32): el padre solo mira la vuelta del hijo, mientras que el hijo mayor no comparte la alegría por sentirse lesionado en los derechos que cree haber adquirido.

II. El hombre «incansable» en la búsqueda de Dios y en el encuentro con los hermanos

San Agustín era un hombre impulsado por un incesante deseo de encontrar la verdad, de descubrir qué es la vida para saber cómo vivir, para conocer al hombre. Y precisamente a causa de su pasión por el hombre, buscaba necesariamente a Dios, porque solo a la luz de Dios puede manifestarse también plenamente la grandeza del hombre, la belleza de la aventura de ser hombre¹.

1 Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Pavia*, 2007.

Estas palabras del papa Benedicto XVI muestran el entramado dialógico de las *Confesiones*. San Agustín desea conocerse interiormente «en relación a», analizando las experiencias más profundas de su vida, lo que más ha tocado su corazón, para llegar a conocer más a Dios, fuente del descanso, de la «quietud», y meta de la perfección. Así es el corazón del hombre: busca a Dios incansablemente, aunque no siempre sea consciente, porque Dios lo ha hecho para él.

El hombre, para Agustín y para todos los padres de la Iglesia, es imagen de Dios (cf. Gn 1,26). Estudia al hombre desde su propia experiencia. Transcribe su proceso de conversión para referirse a nuestra propia vida. Existe una novedosa concepción antropológica en la historia de Agustín. Nos muestra en sus *Confesiones* la necesidad de recorrer la distancia que va de la «conciencia psicológica» a la «conciencia ontológica», para vivir en la plena realidad de nuestra fe cristiana. Solo desde esta conciencia podremos confesar las alabanzas a Dios y reconocer su obra misericordiosa en nosotros. Nello Cipriani recoge algunos testimonios que nos ayudan a centrar bien esta concepción antropológica. Según él, Pierre Hadot, especialista en la filosofía de la antigüedad de los últimos tiempos, hace suyo el pensamiento de E. Benz que afirma que

Con san Agustín, un hombre nuevo hace su aparición en la historia de la conciencia. Esta revolución antropológica va unida a un nuevo concepto de persona, creado por la reflexión agustiniana sobre el misterio trinitario. Al concebir la Trinidad como la vida interior del Espíritu absoluto que se ama y se conoce, Agustín descubre en la persona humana la imagen de la Trinidad, la unidad de un espíritu que permanece idéntico en su totalidad, en las tres relaciones del ser, del amar y del conocer. «Yo soy, yo me conozco, yo me amo»; el yo hace su entrada en la historia de la conciencia, la relación religiosa toma la forma de un diálogo entre el Tú y el Yo. En los trece libros de las *Confesiones* es donde toma forma por primera vez esta nueva concepción del hombre. En Agustín, la conciencia del hecho de que la vida espiritual del individuo es absolutamente única, que su propia historia no tiene lugar más que una vez, es tan fuerte, y la identidad entre la historia de su piedad y la historia de su espíritu es tan profunda, que puede atreverse a presentar la historia de su propia evolución como una «confesión», una alabanza a Dios.

Sin embargo, para Nello Cipriani, otros autores captan mejor la riqueza y complejidad de la novedad antropológica introducida por san Agustín. Es el caso de Ramón Sala González:

El pensamiento agustiniano sobre la Trinidad sugiere indicaciones para iluminar el misterio del ser humano en su condición relacional. La persona es constitutivamente relación con Dios, con el mundo que le rodea, consigo mismo y con sus semejantes².

2 <http://www.oalagustinos.org/pdf/BLOQUE1.pdf>.

En esta misma línea, Giorgio Benelli comenta la complejidad de la intencionalidad de la conciencia agustiniana, explicando que

es apertura de sí que, al mismo tiempo, hace volverse hacia sí mismo, o sea, a estar consigo y a volver hacia sí mismo; pero hace volverse también hacia el otro distinto de sí mismo, o sea, abrirse al mundo; hacia lo que está por encima de uno mismo, a tender hacia Dios; y hacia lo que está por debajo de uno mismo, a escuchar la nada que le apremia. Una intencionalidad, por tanto, que, evidenciando las direcciones hacia las que se proyecta, podremos llamar, respectivamente, antropocéntrica, mundocéntrica, teocéntrica y, por usar una expresión derivada de alguna forma del vocabulario de Sergio Givone, meontocéntrica: cuatro direcciones en sí mismas distintas y capaces de poder existir también en momentos separados y no coincidentes, y dotadas por consiguiente de características concienenciales diversas y de exigencias filosóficas igualmente diversas.

Vistas estas aportaciones, no podemos negar que la experiencia de san Agustín y su concepción antropológica nos mete de lleno en lo más profundo de nuestro «ser de Dios» y nuestro «ser para los demás»: «Bien dijo de uno de sus amigos que ‘era la mitad de su alma’. Porque yo sentí que ‘mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos» (*conf.* 4,6,11).

Pero ‘ser para Dios’ y ‘para los demás’ en libertad. Esta es la que nos garantiza una relación responsable y madura (revitalizada), sin trueques y atajos. Esto anhela nuestro corazón, a pesar de nuestras esclavitudes: «Yo suspiraba por la libertad, pero atado» (*conf.* 8,5,10). El verdadero camino hacia la libertad pasa ineludiblemente por un cambio redentor en el corazón, por el restablecimiento ordenado de nuestro querer. En esto consiste la verdadera conversión, así lo experimentó san Agustín: «Y toda (mi conversión) consistió en esto: no querer lo que antes quería y querer lo que tú querías» (*conf.* 9,1,1).

Es un buen momento para preguntarnos cómo puedo vivir hoy esta relationalidad en medio de nuestro mundo, donde abundan las comunicaciones «hacia fuera» y poco las relaciones «desde dentro». ¿Desde dónde me relaciono con los demás? Es evidente que, si no hay libertad interior, habrá mayor dependencia de las circunstancias, condicionamientos, desafectos y esclavitudes. A mayor necesidad de condiciones favorables exteriores, mayor evidencia de que todavía no somos libres.

La libertad no es exterior sino interior: Así vivió san Agustín este drama: «Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y fuera te andaba buscando» (*conf.* 10,27,38). Estamos necesitados de encontrar nuestro centro unificador para llegar a decir que, en todo momento y lugar, nuestra vida solo depende de Dios: «Porque de ti proceden, ciertamente, todos los bienes, ¡oh Dios!, y de ti, Dios mío, pende toda mi salud» (*conf.* 1,6,7). De esta manera nos situaremos bien ante los demás y ante el mundo, canalizando todas nuestras experiencias vividas y «arraigados desde

un núcleo interior que nos identifica». Así estaremos «en el mundo» pero sin «ser del mundo».

El análisis de una oración del libro VII de las *Confesiones* nos ayudará a entender mejor esta trayectoria vital de Agustín y su necesidad de cambio, de conversión, de renovación en el Señor. En la Verdad de Dios, en su caridad, en su eternidad, encuentra Agustín su identidad como hombre nuevo, como hombre revitalizado:

¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver, y que aun no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí. Y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí» (*conf.* 7,10,16).

En cuanto a su estructura, digamos lo siguiente:

1. Se observa una introducción-prólogo con la exclamación: ¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Está centrada en tres pilares de la doctrina agustiniana y su espiritualidad.
2. Una afirmación central o eje vertebrador que guía toda la oración: «Tú eres mi Dios».
3. Un segundo núcleo ambientado en la metáfora de la itinerancia del camino agustiniano. Es el recorrido de la vida de Agustín y abarca: el anhelo del hombre ('por ti suspiro'), la guía providente en el camino ('Tú me tomaste'), la dificultad para ver lo que Dios quiere enseñarnos, por lo que necesitamos de un proceso ('no estaba en condiciones de ver'), la acción de Dios sobre él y descubrimiento de la debilidad humana ('reverberaste la debilidad de mi vista'), las consecuencias de la acción Dios ('amor y horror') y de la lejanía del mismo ('desemejanza').
4. Un tercer núcleo, donde se oye la voz de Dios: «Manjar soy de grandes: crece y comerás... Tú te mudarás en mí».

Si nos fijamos en los verbos, percibimos lo siguiente:

1. Hay un total de veintidós. Todos indican diálogo y acción. Dios habla al hombre y actúa en él. El hombre responde. Destaca en posición e importancia del verbo «conocer». Está en pasado, como todos los que se refieren a Agustín: «Advertí, me estremecí...». El recuerdo y memoria de Dios se hace en clave de presente, pero se centra en un encuentro y experiencia.
2. Los verbos referidos a Dios están en presente: «Eres», «Manjar soy»... En la segunda parte de la oración dirá: «Soy el que soy».

3. Todos los verbos hacen referencia a los distintos sentidos del hombre: suspirar (olfato), conocer, ver (vista), reverberar, estremecer, advertir, hallar (tacto), oír (oído), comer (gusto)... Están indicando que Dios es el creador del hombre, así como el dueño de su ser y sentidos. A todos ellos habla, a todos se dirige, como convocación a la integridad y unidad del hombre en Dios.
4. Toda la acción de Dios en la experiencia de Agustín se encamina a la invitación final, recogida con estos tres verbos: «crece», «comerás», «mudarás (bis)». La insistencia en esta repetición está orientada al cambio en Dios. Es un movimiento progresivo que va desde abajo hacia arriba («crece») y desde dentro hacia fuera («mudarás»). Como elemento de conexión está la necesidad de alimentarse («comerás»).

Permítasenos ahora un breve comentario a la oración, que podría titularse: ‘Mudar en el Señor para crecer, para revitalizarse’. En esta oración se pone de manifiesto la constante itinerancia del hombre hacia Dios como criatura suya: *Fecisti nos ad Te*. Igualmente, el proceso ascendente del hombre en Dios: «Crece y comerás». Los sentidos y experiencias internas muestran, por un lado la continua acción de Dios en el hombre y, por otro, la necesidad que este tiene de seguir creciendo desde el interior: «Lo oí como se oye interiormente en el corazón». Para ello, el camino de crecimiento, de revitalización, de plenificación, está precisamente en salir de nosotros, buscar el alimento que Dios nos quiere dar (alimento de grandes), y mudar en él. En definitiva, solo Dios nos alimenta, nos hace crecer, nos transforma, revitaliza y plenifica: «ni tú me mudarás en ti», «sino tú te mudarás en mí».

III. La conversión, clave existencial del hombre nuevo

«Solo se reconoce el pecado cuando la misericordia lo ha vencido». Este es el recorrido del corazón convertido de Agustín, que pasa de ser un «desconocido» a ser encontrado por Dios, darle gracias y pedir perdón. Así lo narra en todas las páginas de sus *Confesiones*. Responder a la llamada que Dios nos hace a vivir en la unidad y libertad interior, a la felicidad y paz verdaderas en Jesús, no es una conquista personal, sino fruto de la acogida de la gracia de Dios. A luz de la realidad y santidad de Dios, es desde donde el hombre puede descender a contemplar su realidad antropológica, y no al revés. La santidad, la grandeza y la belleza de Dios son las que llevan al hombre a contemplarse a sí mismo en el error y verse necesitado de cambio y de conversión: «¡Oh verdad tan antigua y tan nueva tarde te amé» (*conf.* 10,27,38).

Cuando hay capacidad de cambio en una persona, capacidad de conversión, existe un itinerario vocacional esperanzador por delante. En Lc 5,33-39 Jesús dice a los escribas y fariseos que es tiempo de fiesta: «A vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2,22). La llamada al cambio está más que justificada. El papa Francisco, a raíz de este pasaje evangélico, decía en Santa Marta que no hay que tener miedo a cambiar las cosas según la ley del Evangelio. Porque aquí hay algo que era anticuado y algo que se renueva, que se hace nuevo:

La Iglesia nos pide a todos nosotros algunos cambios. Nos pide que dejemos de lado las estructuras anticuadas, que no sirven. En cambio, hay que dar cabida a la ‘ley de las bienaventuranzas’, a la ‘alegría’ y a la ‘libertad que nos trae la novedad del Evangelio’³.

No pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo, nos decía un clásico de la investigación, Albert Einstein. Jesús es el mismo «ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8), pero no de la misma manera. Igualmente, nosotros tampoco somos como siempre. La adhesión a Cristo supondrá dejarnos evangelizar continuamente para vivir también en la «evangelización permanente», en la conversión y revitalización constantes. Entiendo que solo así nuestro ser cristiano y religioso estará abierto y preparado para incorporar la Novedad Evangélica en la revitalización personal, comunitaria y pastoral en las coordenadas carismáticas de hoy. Así lo fundamenta Luis Nos, citando a González Faus:

Jesucristo es el mismo (siempre), pero no lo mismo, con el valor añadido de que todo cristiano constituye una vertiente auténtica y novedosa del Cristo-Total. Este enfoque elimina toda batalla sobre la Evangelización, que forzosamente ha de ser nueva y vieja, porque lo cristiano es herencia y renovación constante. De lo contrario, ni Jesús sería Dios y Hombre, ni el varón y la mujer personas a evangelizar en el tiempo que les toque vivir.

Cada tiempo, cada edad, cada hombre, tiene su manera de acoger lo recibido. El clásico latino nos recordaba: «*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*». Lo que se recibe, se recibe según el modo del que lo recibe. Pero esta no es toda la verdad. Ella ‘nos tiene’ a todos. Contamos con la gracia de Dios, que transforma nuestros recipientes, frágiles y pequeños, en hombres capaces de albergar el mayor de los tesoros: la grandeza de Dios y su amor insondable. De este modo, todas las cosas serán posibles. A mayor ensanchamiento de nuestro deseo, mayor serán los dones recibidos.

San Agustín nos enseña que el deseo es oración y camino cierto para el crecimiento. El hombre se haya unificado, a la vez que disperso por el cúmulo de deseos

3 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2014/documents/papa-francesco_20140905_vino-odres.pdf.

que siente y manifiesta. En sus escritos refleja la insatisfacción y el vacío, por una parte, y la fuerza para nuevas conquistas, por otra: «Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa de nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo» (*ep. Io. tr.* 4,6).

De ahí que podamos preguntarnos: ¿Cómo vivo mi proceso de conversión? ¿Soy fácil al cambio? San Agustín recuerda que toda la vida es conversión. Al final de la suya, pedía poner los salmos penitenciales en las paredes de su celda para poder rezarlos (cf. *vita* 31,2). Vivir la revitalización en clave de IFAR (*Itinerario Formativo Agustino Recoleta*), como hoy llamamos a nuestra peregrinación hacia Dios en clave carismática los agustinos recoletos, es vivir, en profundidad de corazón, todas las realidades y etapas de nuestra vida.

a. Las conversiones de San Agustín

Redundando en la idea de proceso, es bien conocido el relato de la conversión de Agustín por el libro de sus *Confesiones*. Muchos estudiosos explican que dicho proceso de conversión no fue puntual. Más bien es fruto de distintas conversiones a lo largo de su vida. Siguiendo al papa Benedicto XVI⁴, citamos las tres de las que él habla, siendo una sola: la gran conversión.

b) San Agustín buscó apasionadamente la Verdad

San Agustín es el gran buscador de la Verdad. Desde el inicio de su vida, por las enseñanzas de santa Mónica, Agustín mama el nombre de Cristo. La lectura del *Hortensio* de Cicerón le hace levantar vuelos y aspirar a bienes mayores. La filosofía platónica lo acerca más a Cristo, descubriendo la existencia del *Logos*, la razón creadora. Los libros de los filósofos le dicen que existe la razón, de la que procede todo el mundo. Pero no le dicen cómo alcanzar este *Logos*, que parecía tan lejano. Solo la Palabra de Dios con san Pablo (cf. Rm 13,13-14), escuchada en la fe de la Iglesia Católica, le descubrió plenamente la Verdad. El encuentro con Cristo transforma su corazón: «Habías convertido a ti mi ser» (*conf.* 8,12,30).

4 cf. *Audiencia general del miércoles 27 de febrero de 2008*: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20080227.html.

La Verdad ‘nos tiene’, somos partícipes de la Verdad que se nos ha revelado en Jesús. A veces, en nuestras diálogos comunitarios, enfatizamos que tenemos más razón que los hermanos. Pero en realidad el tema está en discernir cuál es la verdad que buscamos y deseamos conocer. La Verdad nunca es conocida en su totalidad, cada encuentro verdadero nos lleva a desearla y buscarla con más ahínco.

Aristóteles decía que la única verdad es la realidad. Pero no siempre la única Verdad coincide con la realidad. En ocasiones, la norma, lo que se lleva, lo que se ha hecho... se erige en criterio de verdad, privándonos del deslumbramiento y de la transformación que debe tener nuestra realidad personal, comunitaria, contextual... por la única Verdad que siempre debiera ser escuchada con humildad:

En todas partes, oh Verdad, concedes audiencia a cuantos preguntan por ti y respondes a sus consultas. Tus respuestas son claras, pero no todos logran entenderlas. Ellos te preguntan lo que quieren saber, pero no siempre oyen como respuesta lo que quieren oír (*conf.* 10,26,37).

c) La conversión de comprender que se llega a los demás con sencillez y humildad

Comenta Benedicto XVI:

Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, contra su voluntad, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto le resultaba muy difícil, pero desde el inicio comprendió que solo podía realmente vivir con Cristo y por Cristo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada.

La aceptación de la voluntad del Dios Providente le lleva a reorientar sus prioridades, sus deseos y proyectos más nobles, en beneficio del Reino de Dios, que le urge en la inmediatez de las necesidades de su pueblo. Dios en él y Dios en los demás. Dios sigue haciendo su obra a la vez que le llama y nos llama al ofrecimiento de nuestra propia vida. San Agustín lo refleja bien esto en sus escritos: «Continuamente predicar, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una gran carga y un gran peso, una enorme fatiga» (s. 339, 4).

d) Tercera conversión: la que lo llevó a pedir perdón a Dios cada día de su vida

Enseña una vez más Benedicto XVI:

Al inicio había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, iba a llegar a la vida propuesta en el Sermón de la montaña: a la perfección donada en el bautismo y reconfirmada en la Eucaristía. En la última parte de su vida comprendió que no era verdad lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el sermón de la montaña: es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora permanentemente este ideal. Solo Cristo mismo realiza verdadera y completamente el sermón de la montaña. Nosotros siempre tenemos necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por él. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna. San Agustín murió con esta última actitud de humildad, vivida día tras día.

San Agustín descubre con humildad, en su vida y en su obra, que cada día que se camina a la perfección es un paso más para reconocer nuestros pecados y agradecer el amor y la misericordia del Señor:

He comprendido que uno solo es verdaderamente perfecto y que las palabras del sermón de la montaña solo se realizan totalmente en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario, todos nosotros, incluidos los Apóstoles, debemos rezar cada día: 'Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden (*retr.* I,19,1-3).

Vivir nuestra vida en clave de conversión permanente a la luz de las conversiones de Agustín, nos hará descubrir que los «caminos del Señor no son nuestros caminos» (Is 55,8). Hacer de su camino nuestro camino, es una invitación continua a la revitalización que pone en valor el discernimiento, el acompañamiento, la aceptación de la itinerancia y la necesidad interior que tenemos de la impregnación de la realidad salvífica que Dios nos ha regalado en Jesús. En esto consiste la sabiduría: dejarnos transformar por la realidad de la fe, la realidad de Dios.

4. Las edades del hombre y las edades espirituales: itinerario de revitalización permanente

San Agustín, en su *Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos*, escrito para defender el texto sagrado de las críticas de los seguidores de la secta de Manes (388-389), nos muestra un esquema sobre las edades espirituales del hombre, sugeridas de alguna manera en las cartas paulinas e inspiradas en los días de

la creación. Mas la descripción más completa de dichas edades la hallamos en la obra *La verdadera religión* (390). Estas edades serían propias del hombre nuevo, que renace del espíritu, sometido a las leyes divinas, hasta la completa renovación después de la muerte.

G. Wills pone de manifiesto en la estructura de las *Confesiones* que Agustín utilizaba este esquema patrístico cristiano de la vida humana para comparar las edades del hombre con los días de la creación y con las eras de la historia. Las edades serían seis y cada una tendría relación con los otros elementos correspondientes a las otras dos series. Esquemáticamente sería así:

Edades del hombre	Creación	Historia
1. Infancia (pre-verbal)	Luz	De Adam a Noé
2. Pueritia (verbal)	Cielo y tierra	De Noé a Abraham
3. Adulescentia (15-30)	Vegetación	De Abraham a David
4. Juventus (30-45)	Galaxia	De David a Babilonia
5. Maturitas (45-60)	Peces	De Babilonia a Cristo
6. Senectus (60-)	Animales/hombre	De Cristo hasta el final

Por su parte, Ángel C. Vega, en esta misma línea, nos dice que, según san Agustín y los antiguos, la vida se divide en siete épocas y edades: infancia (0-7 años); niñez (7-14); adolescencia (14-28); juventud (28-50); virilidad (50-60); vejez o senectud (60-80); decrepitud (80 hasta la muerte).

En los dos esquemas se observa que la distribución de las etapas es prácticamente la misma, con la salvedad de los años que cubre cada una. Añade este último autor que san Isidoro de Sevilla difundió esta división por la Europa medieval y que santo Tomás se sirvió de ella como de argumento de congruencia para probar el número septenario de los sacramentos. José Cosgaya, en su versión de las *Confesiones*, sigue este mismo esquema.

No pretendo aquí desarrollar cada una de estas etapas de la vida de Agustín ni explicar su interrelación, pero sí extraigo algunas conclusiones que, a mi juicio, se pueden deducir de lo que Agustín va descubriendo en su experiencia vital y en su conversión, y que pretende transmitir a sus lectores en este itinerario de crecimiento y encuentro con Dios:

1. Las edades del hombre y de la humanidad nos muestran un camino que el hombre recorre, no siempre de la mano de Dios. Sin embargo, Dios, en su plan salvífico, hace que el hombre inicie una nueva peregrinación

con la certeza de que Cristo ya está haciendo «nuevas todas las cosas». De adelante hacia atrás, Jesús recorre como nuevo Adán la historia de la humanidad. Una historia de regeneración y restauración que engendra la nueva vida:

En su genealogía, Lucas, a diferencia de Mateo, retrocede desde Jesús hacia la historia pasada. No da un relieve particular a Abraham y David; su genealogía retrocede hasta Adán, incluso hasta la creación, pues después del nombre de Adán Lucas añade: de Dios. De este modo se resalta la misión universal de Jesús: es el hijo de Adán, hijo del hombre. Por su ser hombre, todos le pertenecemos, y él a nosotros; en él la humanidad tiene un nuevo inicio y llega también a su cumplimiento⁵.

2. Siempre que hay crecimiento, hay ruptura y muerte para que pueda surgir la nueva vida. Cuando existe el dolor con significado, esta experiencia es liberadora y redentora. Lo contrario nos lleva a la ansiedad y al desasosiego. 'El corazón está inquieto' (*conf.* 1,1,1).
3. Con el afán de tomar conciencia, mantener y ofrecer toda su vida como regalo y peregrinación a Dios, san Agustín se pregunta si existió otra etapa de su vida que precediera a su infancia. En forma de petición pregunta a Dios que se lo diga: «¿No será el período que pasé en el seno de mi madre?» (*conf.* 1,7,12). El interés que suscita en san Agustín el inicio de sus días está determinado por su deseo de reflexionar sobre su historia y ponerla por entero en manos de Dios. Convertirse es entregarse en totalidad (pasado, presente y futuro) al Dios creador, para que lleve a buen término toda su obra. Dios es el que siempre sostuvo su vida, el que mantiene sus pasos y al que desea acercarse para alabar continuamente. El salmo 71 recoge esta gran aspiración de Agustín como el hombre que, ya iniciado en las lides de la vida, quiere repensarla desde la óptica de Dios: «Pues tú eres mi esperanza, Señor, Yahveh, mi confianza desde mi juventud. En ti tengo mi apoyo desde el seno, tú mi porción desde las entrañas de mi madre; ¡en Ti sin cesar mi alabanza!» (Sal 71,5-6).
4. Todo lo que somos, fuimos, pero no somos lo que seremos. En esta peregrinación hacia la Nueva Jerusalén, hay algo estructural que permanece y algo cambiante que estructura. Hay continuidad, pero, a la vez, también discontinuidad en el crecimiento espiritual. Bien lo dice esa oración que rezamos con frecuencia: «Mira, Señor, cómo soy y hazme como Tú quieres que sea». Hay una búsqueda continua de plasmar la imagen de Dios en nosotros. La conversión pasa por dejar la 'desemejanza' y vivir

5 J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, New York, Doubleday, 2007, 32.

en ‘semejanza’: «¿No fue, acaso, caminando de la infancia hacia aquí como llegué a la puericia? O, por mejor decir, vino esta a mí y suplantó a la infancia, sin que aquella se retirase; porque ¿a dónde podía ir? Con todo, dejó de existir, pues ya no era yo infante que no hablase, sino niño que hablaba» (*conf.* 1,8,13).

5. El deseo nos lleva a aspirar a un bien mayor que ya tenemos impreso en nuestro interior, pero no en plenitud. Por eso aspiramos siempre a más: más crecimiento, más felicidad, más paz, más vida, más fe: «Sin abandonar lo que en mí tienes comenzado lleva a consumación lo que aún tengo de imperfecto» (*conf.* 10,4,5). La revitalización es, en definitiva, una renovación permanente en obediencia a Dios que hace crecer la fe y regala vida, a quien humildemente se la pide. Así lo comenta san Agustín hablándonos de la fe inicial y la fe adulta, a propósito de los discípulos que creen, pero que piden que Jesús les aumente la fe: «Habiendo comenzado ya a vivir, pide la vida quien creyendo suplica la obediencia; no reclama el premio por haberla conservado, sino que implora ayuda para conservarla. En efecto, acrecentándose la vida, quien se renueva de día en día, pasa a vivir en el día que no acaba» (*en. Ps.* 118,7,3).
6. La mano providente de Dios conduce y guía hacia el Bien Supremo, que es Él. Hallamos firmeza cuando lo buscamos y permanecemos en él, debilidad cuando permanecemos en nosotros:
 ¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperamos al abrigo de tus alas y protégenos y llévanos. Tú llevarás, sí. Tú llevarás a los pequeñuelos, y hasta que sean ancianos tú los llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres tú, entonces es firmeza, mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos (*conf.* 4,16,31).
7. La paz es regalo de la presencia viva de Dios en nuestro corazón. Es fruto de la alabanza a Dios, de la comunión con Dios y con los hermanos. El descanso es paz cuando dejamos a Dios que haga su obra en nosotros: «Hasta descansar en Ti» (*conf.* 1,1,1).
8. No hay camino sin meta. Desear llegar adonde Dios nos quiere llevar es hacer camino. Solo camina el que no está parado. Pero es más importante caminar cojo en el camino, como dice Agustín, que ir muy rápido fuera de él. Nunca llegaremos a la meta entonces: «Al correr fuera del camino, más que llegar a la meta, te extraviabas» (*ep. Io. tr.* 10,1).
9. La concordancia de las edades del hombre con los días de la creación y las edades de la humanidad manifiesta un todo reflejado en la unidad de la creación y en los dones del Espíritu, que son regalados por Cristo para el progreso de su cuerpo, que es la Iglesia, hasta llegar a ser todos uno en

Cristo por la caridad: «Y todas estas variedades son como estrellas. Porque en todo obra el único y mismo Espíritu, que reparte lo propio suyo a cada uno como quiere y hace aparecer las estrellas para utilidad (ICor 12,7-11)».

5. Valores de nuestro ‘ser revitalizado’: Vivir en la gratuidad de Dios

Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios: confortados con toda fortaleza con el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia: dando con alegría gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz (Col 1,9-12).

San Pablo, nos recuerda en la carta a los Colosenses, que los retos de la fe dan lugar a una progresión del pensamiento cristiano. Profundizar en nuestra fe nos hará vivirla, celebrarla, transmitirla en odres nuevos, siendo conscientes de que nuestro conocimiento será siempre inferior al que la Revelación nos regala en Jesús, cuyo conocimiento engloba todo conocimiento, el del misterio que él nos ha dado a conocer.

Cristo llena con su dinamismo la creación entera. La vivifica y le da sentido. Resucitado de entre los muertos, es cabeza de la Iglesia, y da origen a la nueva creación. En Jesús, Dios realiza la plenitud de su obra. Por él, esta encuentra su unidad. En él está el fundamento de la reconciliación y de la paz.

La iniciativa siempre es de Dios. Pero tú y yo somos libres para poder querer o no lo que Dios nos propone. Nuestra libertad está condicionada y necesita ser reconquistada, liberada por medio de la gracia de Dios. En esta reconquista, podemos incorporar actitudes y valores en nuestro interior que nos posibiliten vivir de otra manera.

a. Actitud de búsqueda como prioridad

San Agustín es el gran buscador de la Verdad. Apasionado por ella, nunca ha desistido en su lucha por encontrarla. Mejor aún, no ha cesado en su corazón de amarla sobre todas las cosas y dejarse atrapar por ella en exclusividad. En lenguaje agustiniano podemos decir que todos buscamos, nadie hay que no busque. Pero

ahora viene la pregunta: ¿qué buscamos?, ¿dónde buscamos? La permanencia en la búsqueda nos garantizará un camino de salida de nuestros conocimientos y criterios, una necesidad de discernimiento, una vinculación y adherencia a toda semilla de verdad que existe en nuestro mundo, un deseo de buscar en comunión la verdad, y cómo no, una transformación a corazón abierto de nuestra realidad más interior a través de la Palabra, que es siempre la Buena Noticia.

Considerad a quién decís, si es lo que decís, si lo decís sinceramente: a Ti mi corazón: tu rostro buscaré. Dígalo también tu corazón, y añade: tu faz, Señor, he de buscar. Bien le buscas si le buscas de corazón (s. 53,7).

b. La inquietud del corazón

El Salmo 44 provoca las súplicas del hombre en medio de las calamidades: «¡Álzate, ven en nuestra ayuda, rescátanos por tu amor!» (Sal 44,26). Es el Señor el único que conoce los secretos del corazón. En él se alberga la impronta de la tendencia a lo infinito, hacia Dios. El río sin tregua busca fundirse en medio del mar. En su recorrido por meandros y montañas se le han sumado impurezas y adherencias que hacen no solo más pesado su lento deslizamiento, sino también menos cristalina y potable su agua. Solo en terreno firme y en unión con el anchuroso mar, su caudal crece y sus impurezas desaparecen. Así el hombre, convocado a plenitud por su Hacedor, recorre caminos y vericuetos a lo largo de la vida, buscando en medio de fragilidades, luchas, derrotas y victorias, el deseo de convertir su potencial vital, en perfecta armonía y paz con Dios que le hizo.

Se comprende, pues, que, en boca de Agustín y en clave de conversión, exponga su experiencia de peregrinación interior (el corazón), a la vez que demuestra su interés por compartir con otros este camino (el hombre de todos los tiempos). Quiere suscitar en cuantos buscan y son peregrinos el deseo inquietante de encontrar, con afán y prontitud, su consuelo y descanso en Dios: «Dios es descanso del justo» (cf. Sal 61,2).

El hombre no es producto azaroso, ni consecuencia de un devenir evolutivo sin ninguna finalidad. En alusión al Salmo 100,3: «Él nos ha hecho y somos suyos», Agustín se pregunta:

¿Es que alguien puede ser autor de sí mismo? ¿O existe algún otro cauce por donde nos llegue el ser y la vida fuera de tu autoría sobre nosotros, Señor? ... En ti la existencia y la vida no son dos cosas distintas (*conf.* 1,6,10).

El hombre ha sido creado por Dios, como fruto de su inmenso amor y de un proyecto de salvación. Si el inicio del hombre está en el pensamiento y deseo amoroso de Dios (pasado), su continuo peregrinar por la tierra va acompañado

y dirigido a un fin: su deseo de eternidad y de felicidad plena (presente). «Todo amor es deseo», dirá Agustín. Lo demuestra lo más esencial y noble del hombre, su corazón, sellado a imagen de Dios. La sabiduría del corazón nos muestra, la palpable continuidad y necesidad del ser humano: amar y ser amado.

San Agustín armoniza todas las aspiraciones bajo la expectativa del amor cristiano que él llama: *Caritas*. Único capaz de darle respuesta. Conocer bien el significado de Dios Creador y Redentor es comprender que las aspiraciones del hombre y de Dios no son irreconciliables (*eros-ágape*). El equilibrio titubeante del «estar inquieto», expresa la necesidad de encontrar la plenitud, la felicidad urgente, máxima aspiración de la existencia humana. Dios, maestro interior, estimulará y acrecentará esa inquietud con «estímulos interiores» hasta alcanzar la Verdad. La plenitud y la felicidad no las halla en la creación, pero sí quiere saborear y pertenecer a ese amor que las produce y del cual participa. No es posible distanciarse tanto de Dios como para apartarse absolutamente de él. Todo contemplado en profundidad nos remite a Dios: «No hay lugar adonde se aparte uno de modo absoluto de ti» (*conf. 2,6,14*).

En esa peregrinación interior, de ascenso y conversión continua, hay un punto final: el reposo y descanso definitivo en Dios (futuro). Se va de lo más exterior a lo más interior. Pero, ¿de qué descansar?, ¿por qué descansar? El descanso no será ausencia de trabajo, de infortunios, de pesadumbre (aunque también), sino algo más profundo. Será llegar a esa armonía, equilibrio perfecto entre Dios y toda su obra creada. El descanso será el fin de la búsqueda. Si todo movimiento tiende a parar, también todo caminante tiende a llegar a su meta. Dios será todo en el hombre, siendo este la unidad completa y el fiel reflejo de la obra creadora de Dios: su imagen y semejanza.

c. La interioridad como fundamento de la búsqueda del agustino recoleto

La interioridad es el proceso por el cual el hombre retorna dentro de sí para verse imagen de Dios. No es introspección, es un ir más allá de sí para adherirse a Dios, para ser lo que es. La interioridad siempre dice «relación a otro». Conocernos a nosotros es conocer a Dios. Captar esta relación del hombre hacia Dios, esto es la interioridad. Estamos hechos para Dios, de modo que, cuando nos separamos de Dios, perdemos nuestra identidad. La búsqueda de la Verdad (Dios) pasa por el conocimiento de uno mismo: «Entré en mi interior guiado por ti» (*conf. 7,10,16*).

La experiencia de Agustín nos recuerda que, dentro de nosotros, sentimos una atracción hacia arriba. Es ver todas las criaturas desde el ser de Dios que ha

experimentado. Todos los seres son en cuanto dependen de Dios, son en relación a Dios: «Son ciertamente porque proceden de ti» (*conf.* 7,11,17). No se puede permanecer en la contemplación como fruto de la búsqueda personal y autosuficiente. Necesitamos la humildad, la acción de gracias y la alabanza para que, en Cristo, podamos seguir buscando a Dios y gozar de él:

Cierto estaba de todas estas verdades, pero también de que me hallaba debilísimo para gozar de ti. Charlaba mucho sobre ellas, como si fuera instruido, y si no buscara el camino de la verdad en Cristo, salvador nuestro, no fuera instruido, sino destruido. Porque ya había comenzado a querer parecer sabio, lleno de mi castigo, y no lloraba, antes me hinchaba con la ciencia. Mas ¿dónde estaba aquella caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Cristo Jesús? (*conf.* 7,20,26).

Nuestro mundo globalizado a través de las nuevas tecnologías presume de relaciones a todo nivel. Nos relacionamos con los que están muy lejos de nosotros, pero perdemos enteros en la relación con el más cercano del que nos hemos distanciado. Hay vaciamiento hacia el exterior sin habernos llenado antes. No hay acogida fraterna del otro (horizontalidad) porque no tengo «relación a» (verticalidad). Existe menos fraternidad cuando hay menos filiación. Nuestro carisma nos centra en esta realidad vertical de filiación, para aceptar y querer al otro como hermano en relación de amistad. Amistad, a la que está llamado a vivir el agustino recoleto, siendo esta la cara amable de la fraternidad.

El agustino recoleto es por naturaleza carismática pedagogo de interioridad. Iluminado por la experiencia de conversión de san Agustín y por la entrega y vida de tantos hermanos que han vivido el carisma de la Recolección, somos llamados a la búsqueda continua de la Verdad en nuestro interior comunitario (no hay búsqueda sin «relación a»...), desde la humildad y la acción de gracias. Desde nuestra experiencia carismática, Dios nos llama a acompañar a otros para que, partiendo de su realidad personal, podamos adentrarnos en la búsqueda de la Verdad, de la cual participamos todos. No podemos entrar en nuestro interior sin la gracia de Dios que nos posibilita dejarnos guiar por Cristo para buscar el gozo y la perfección en el amor que es él. Nuestras *Constituciones* lo dicen así en el número 11:

La especial vocación del agustino recoleto es la continua conversación con Cristo, y su cuidado principal es atender a lo que más de cerca lo puede encender en su amor. El hombre, por la soberbia, se aparta de Dios, cae en sí mismo y se aparta de las creaturas, disipándose en la dispersión de las cosas temporales. Solo con la ayuda de Cristo, mediante la purificación por la humildad, puede el hombre recogerse y entrar otra vez en sí mismo, donde comienza a buscar los valores eternos, reencontra a Cristo y reconoce a los hermanos. Ésta es la interiorización trascendida agustiniana, principio de toda piedad. Este es el recogimiento o recolección de la *Forma de vivir*, camino que lleva derechamente a la contemplación, a la comunidad y al apostolado.

d. El amor como principio y fin de todo lo que hacemos: elevación y contemplación activa

La mejor definición del hombre está en la Biblia: El hombre es hijo de Dios. Y la mejor definición de Dios está también en la Biblia: Dios es Amor (1Jn, 4,8). El amor tiene características, de las que destaco tres: 1) La eternidad. Dios nos ha amado desde siempre y para siempre. Nos amó, nos ama y nos amará. El verdadero amor ama siempre. 2) La totalidad. No se ama por partes, por aspectos o circunstancias. Ama por lo que eres y como eres. 3) La plenitud. En el amor están todas las necesidades más vitales satisfechas. En el amor se puede descansar.

San Agustín considera casi exactamente sinónimos amor, caridad y dilección, aun cuando los dos últimos términos se usan más frecuentemente en sentido positivo que negativo. Más aún, usa estas palabras en un sentido tanto humano como religioso. Ya desde el punto de vista puramente psicológico, el amor tiene para Agustín una enorme importancia: el amor es el motor de la vida, la fuerza que hace vivir y actuar. Advuértase esta idea en los siguientes textos:

Emprendí exponer a vuestra caridad por orden los cánticos del que sube; del que sube y del que ama; del que sube, por lo mismo que es amante. Todo amor o sube o baja. Por el buen deseo nos elevamos a Dios y por el malo nos precipitamos al abismo (*en. Ps.* 122, 1).

Amad y no améis; amad unas cosas y no améis otras. Hay, en efecto, cosas cuyo amor es provechoso y cosas cuyo amor es un estorbo. No ames lo que te es un estorbo si no quieres encontrarte con un tormento. Lo que amas de la tierra es un estorbo (*s.* 311, 4).

El amor no solo empuja a la acción, sino que hace que la acción sea libre. Una cosa es cierta, como declamaba Virgilio en sus *Bucólicas*: «Su placer tira de cada cual», a lo que añade Agustín:

...no la necesidad, sino el placer; no la obligación, sino la delectación; ¿con cuánta más fuerza debemos nosotros decir que hacia Cristo se tira del hombre que se deleita en la verdad, se deleita en la dicha, se deleita en la justicia, se deleita en la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo? (*Io. eu. tr.* 26, 4).

El amor es, en fin, una fuerza que crea unidad, como reconoce en el tratado sobre la Trinidad: «¿Qué es el amor sino una vida que une, o que tiende a que se unan dos seres, es decir: el amante y el amado?» (*trin.* 8,10,14).

San Agustín comprende que en el amor nos renovamos, sabe que es el camino cierto para vivir en plenitud. Amar a Dios sobre todas las cosas es tener todo lo que necesitamos para vivir felices y como Dios quiere:

Date a mí, Señor, devuélvete a mí, porque te amo. Y si mi amor es poco, haz que te ame más. No puedo medir mi amor para saber cuánto le falta para que sea suficiente

y mi vida corra hacia tu abrazo y no se aparte de ti, sino que se hunda en tu rostro. Solo una cosa sé, y es que sin ti soy desgraciado, en mí y fuera de mí no tengo sino malestar, pues toda abundancia de lo que no es mi Dios no es abundancia sino miseria» (*conf.* 13,8,9).

e. El descanso como aspiración y meta de nuestro peregrinar por esta vida

Vuestra infancia sea la inocencia; vuestra juventud, el valor; vuestra edad adulta, el mérito, y vuestra senectud no sea otra cosa que vuestro entendimiento canoso y sabio. No se trata de que pases por todas las etapas de la vida, sino de que te renueves permaneciendo en la que estás. En efecto, aquí no entra la segunda para que muera la primera, ni el surgir de la tercera supone la muerte de la segunda, ni nace la cuarta para que fenezca la tercera, tampoco la quinta envidiará a la cuarta para quedarse ella, ni la sexta dará sepultura a la quinta. Estas edades no vienen al mismo tiempo; pero perseveran juntas y en concordia en el alma piadosa y justa. Ellas te llevarán a la séptima, la del descanso y paz perpetua. Una vez liberado por seis veces, como leemos, de las miserias de la edad que conduce a la muerte, llegado a la séptima, ningún mal te afectará ya. Lo que no existe, ya no podrá plantear batalla; ni vencerá si ni se atreve a luchar. Allí la inmortalidad está asegurada, porque la seguridad es inmortal (s. 216,8,8).

El descanso es una de las aspiraciones más profundas e interiores del hombre. Deseamos descansar del trabajo, reponer las fuerzas físicas. Necesitamos descansar mentalmente y renovarnos con el sueño. Necesitamos descansar del ajetreo y de la preocupación que conlleva la responsabilidad de ser hombre libre, y de no ser libres en plenitud. Pero, sobre todo, necesitamos descansar de la inquietud del corazón. Apaciguar y ordenar los deseos interiores, con el único afán de buscar nuestra identidad y volver a ella para encontrar la paz duradera.

Este descanso solo es posible en Dios. Las cosas creadas nos engañan, oprimen y ofrecen un aparente descanso, pero siempre superficial y temporal: «Yo fijaba mi atención en las cosas que ocupan lugar, por lo que no hallaba en ellas lugar de descanso» (*conf.* 7,7,11). También el engaño está presente en las falsas doctrinas de los maniqueos, tras las cuales el alma se va, desando encontrar la verdad y el descanso, pero Agustín lo reconoce. Tampoco ahí hallaba descanso.

La confianza que muestra Agustín en el descanso del día séptimo le hace vivir con esperanza, sabiendo que ninguna lucha será en vano para ganar en aquel que ya todo lo ha ganado para nosotros. Hay un punto de llegada en la liberación de toda esclavitud, en la victoria definitiva, en el gozo perpetuo. Esta liberación, esta victoria y este gozo empiezan ya aquí, hoy mismo.

Conclusión

Plantear nuestra vida en constante camino de revitalización nos hace descubrir que en esta vida solo podemos alcanzar una perfección imperfecta. Sin embargo, la inquietud que Dios ha puesto en nuestro corazón al crearnos es una constante llamada a vivir 'desde lo esencial' y de manera revitalizada. El amor redentor que «ha sido derramado en nuestros corazones» (Rom 5,5) es el gran tesoro que nunca debiéramos perder; más bien, debiéramos acrecentarlo con el paso de los años y de las edades de nuestra vida.

Seamos conscientes de que no es tan importante cumplir muchos años (querer consumir etapas), cuanto llenar los años de vida (vivir todas las edades espirituales con profundidad de corazón y entrega). Entonces entenderemos que cada día es una oportunidad para vivir con plena libertad de corazón nuestra relación con Dios y con los hermanos. Esta es la fuerza del Espíritu, «señor y dador de vida», como confesamos en el credo, que nos empuja con vitalidad siempre nueva a dar gratis lo que hemos recibido sin perderlo (cf. Mt 10,8).

Esto es lo que somos: imagen de Dios; y a esto estamos invitados: a vivir siempre en él para ser plenos y felices. De esta manera, cada día y en cada edad de nuestra vida «seremos, conoceremos, y amaremos» como Dios quiere. San Agustín nos abre la puerta y nos enseña el camino para «buscar, llamar y pedir» todo lo que nos haga falta: «Y toda (mi conversión) consistió en esto: no querer lo que antes quería y querer lo que tú querías» (*conf.* 9,1,1). En esto consiste la verdadera revitalización que nos dispone a permanecer siempre en él, para permanecer en nosotros. Porque solo él «permanece siempre el mismo» (Hb 13,8), «haciendo nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

Rafael Jesús MORALES ARCO
Instituto de Espiritualidad e Historia
Buenos Aires

Resumen

En este artículo el autor se pregunta si la inquietud del corazón, propuesta magistralmente por Agustín en sus *Confesiones*, puede convertirse hoy para nosotros en pauta que nos oriente en el proceso de revitalización, tanto personal como comunitaria. Desde una perspectiva de fe, la inquietud lleva a preguntarnos qué es lo que realmente creemos, para configurar en torno a ello nuestro vivir cotidiano. La auténtica revitalización consiste en «no querer lo que antes quería y querer lo que tú querías» (*conf.* 9,1,1). Por eso se invita a permitir que Dios ilumine nuestra mente y corazón. Además, Agustín propone una pedagogía para clarificar este itinerario: la conjunción de un modelo descendente-ascendente y viceversa.

Abstract

In this article, the author asks whether the restlessness of the heart, as Augustine masterfully puts it in his *Confessions*, can be a guideline that leads us in the process of revitalization both as individuals and as a community. From the faith perspective, restlessness moves us to ask ourselves what we truly believe in, in order to shape within it our daily living. Authentic revitalization consists in «not desiring what I desired before, and in desiring what you desired.» (*conf.* 9,1,1). Thus, we are invited to allow God to illumine our mind and heart. Moreover, Augustine proposes a pedagogy to explain this itinerary: the conjunction of a downward-upward model and vice versa.